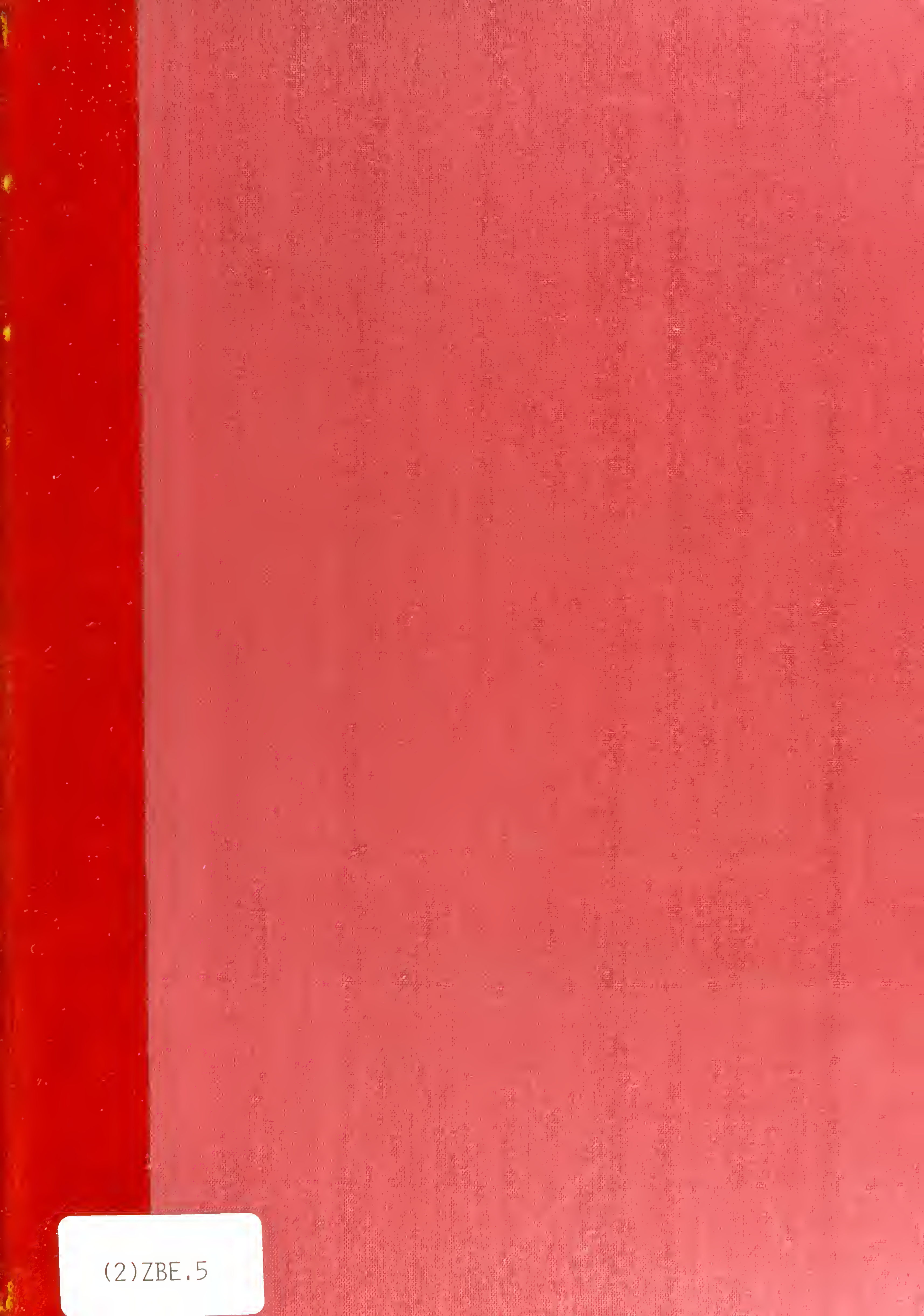

(2)ZBE.5







EL BRASIL

ATENEO DE MADRID



EL BRASIL

DESCUBRIMIENTO, COLONIZACIÓN
É INFLUENCIA EN LA PENÍNSULA

CONFERENCIA

DE

D. GONZALO REPARAZ

leída el día 21 de Mayo de 1892



MADRID
«ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
—
1892

I

DESCUBRIMIENTO.—COLONIZACIÓN ESPONTÁNEA.

Por el Atlántico, inmensa calle marítima, navegaban á fines del siglo XVI portugueses y españoles en busca de camino para las Indias. Juntos emprendieron el viaje, pues no puede asegurarse cuáles de ellos iban delante en la época de la conquista de las Canarias. Más bien hay sospecha, á pesar de la carta de Alfonso IV al Papa Clemente (1345), de llevar alguna ventaja los castellanos y vizcaínos, pero á partir de 1432, los portugueses tomaron la delantera obedeciendo al tenaz impulso del Infante D. Enrique el Navegador. En Castilla, lejos de encontrar amparo y de recibir protección las empresas marítimas, perdieron fuerza y unidad, quedando absorbidas las energías nacionales en aquella anarquía desastrosa que comprendió los reinados de Juan II y de Enrique IV. Moría este Príncipe imbécil cuando ya los portugueses surcaban los mares ecuatoriales (1471-1476), siguiendo siempre de cerca la costa en busca del estrecho que había de conducirles á los de la India. Admirábanse de no encontrarle, pero tenían por cierta su existencia, no admitiendo la posibilidad de que el África se prolongara hasta el polo antártico. Bajando siempre hacia el Sur descubrió Diego Cam el Congo (1484). Al mismo tiempo iban llegando á Portugal por la vía ordinaria noticias más completas del comercio oriental. Don Juan II no descansaba; hallar el camino

de la India y entrar en tratos con el Preste Juan, era uno de sus grandiosos sueños. Creíase obligado á llevar á cabo aquella gran empresa del descubrimiento en que Portugal se hallaba empeñado.

En esto presentósele Colón, oscuro marino, que vivía retirado en Porto Santo (1483). Traía un plan novísimo: ir á la India por Oriente. Era como decirle á Portugal: «Reniega de tu Infante D. Enrique; de tus 50 años de esfuerzos costosos para realizar sus planes; da por perdidos vidas y dineros y vente conmigo por un camino que nadie ha pensado en seguir.» La proposición no tenía grandes probabilidades de ser bien acogida. Esto, no obstante, Colón fué escuchado. Dos juntas de hombres prácticos en la mar y conocedores de las ciencias náuticas, examinaron sucesivamente su proyecto, la segunda por no haberse conformado el Rey con la desfavorable opinión de la primera. Las dos le rechazaron por parecer á los que las componían poco prudente emprender nueva ruta estando ya descubierta tan grande parte de la que creían segura y buena.

Nada menos que nueve años después halló el navegante genovés quien diera fe á sus promesas y le prestara la necesaria protección. Su pequeña escuadrilla castellana (pequeñas eran entonces, así en Portugal como en Castilla, cuantas iban á descubrir, y la de Colón no fué de las menores) cruzó intrépidamente el Atlántico en busca de los ricos países del Asia descritos por Carpino y Marco Polo. Pero no llegó ni podía llegar, porque la ruta estaba interceptada por todo un continente ignorado hasta entonces. Los sabios de Lisboa tenían razón; aquella no era la ruta de la India. En cambio Colón había descubierto un mundo.

No era eso lo que se proponía y nunca se resignó con el hallazgo. En sus tres viajes siguientes, principalmente en el cuarto, no se apartó de él el pensamiento, máquina poderosísima de su existencia, de hallar un estrecho que le condujera al Cipango. Murió sin lograrlo, pero el pensamiento quedó para animar á una infinidad de pilotos compañeros y discípulos suyos. Entonces emprendieron los españoles á lo largo de la costa de la América del Sur un viaje en todo parecido, salvo que más rápido, al de los portugueses en la opuesta orilla del Atlántico, ese vasto

mar, largo y angosto, que el Mundo Viejo y el Nuevo aprisionan.

En principios de 1499 salió del puerto de Palos Vicente Yañez Pinzón con cuatro carabelas que había podido armar con la ayuda de su pariente Arias Pérez. Sobre ser él mismo de los mejores marinos de su tiempo llevaba consigo á Juan Quintero, Juan de Umbría y Juan de Jerez, excelentes pilotos y ex compañeros de Colón. Bajaron á las Canarias, cruzaron el Atlántico y fueron á encontrar la costa americana por 8° de lat. S., y, por la gran ansia de ver tierra en que ya estaban, llamaron á aquélla de Santa María de la Consolación. Era aquel paraje el que más tarde se conoció con el nombre de cabo de San Agustín, algo al sur de Pernambuco. Pinzón, desembarcando con escribano y testigos, tomó posesión de la comarca en nombre de Castilla. En dos días no vieron indio alguno, si bien se descubrieron pisadas como de hombres gigantes.

Encontráronlos al fin. Eran, en efecto, de más que regular estatura, uraños, belicosos, intratables; iban desnudos y siempre armados. Al llegar la noche desaparecieron.

Navegaron los nuestros con rumbo al Ecuador. En la boca de un río, donde hicieron aguada, ocurrió una sangrienta escaramuza con los naturales, quedando éstos escarmentados, aunque á costa de la vida de diez españoles, lo que fué comprar muy caro el escarmiento. Siguiendo su ruta llegaron á un paraje en que el agua del mar se tornó dulce por un tan grandísimo espacio, como jamás lo habían visto ni lo creyeran posible no viéndolo. Gobernó Pinzón para tierra y reconoció hallarse en la desembocadura de un río inmenso. De esta suerte fué descubierto el Amazonas.

Algo pudieron reposar los españoles de tan larga y difícil navegación en la isla de Marajó, cuya gente les recibió benignamente, entrando en trato comercial con ellos. Pero el *prororaca*, fenómeno propio del Amazonas (en otros ríos se observa en escala más reducida), estuvo á punto de destrozar y sumergir las carabelas, por lo que Pinzón se dió prisa á navegar á Pariá, á donde llegó felizmente.

Cuando partió de Palos la expedición anterior, aparejaba Diego de Lepe, también buen piloto, para igual viaje con solas dos carabelas. Siguió exactamente el mismo rumbo y fué á sa-

lir al mismo cabo de San Agustín, al que bautizó con el nombre de Rostro Hermoso. Doblado que le hubo, vió que la costa continuaba hacia el S., de cuyo descubrimiento trazó una carta que trajo el obispo Fonseca. Avanzó más que nadie en aquella dirección. Después hizo rumbo al N. hasta Pariá.

Aquí estaban los españoles en su empresa, que había de señalar Solís perdiendo la vida en el Plata, y que, pasados veinte años, terminaría Magallanes dando con el estrecho de su nombre (descubrimiento paralelo al de Bartolomé Dias), cuando la casualidad llevó á Cabral al Brasil.

Iba Cabral á la India al mando de una armada de 13 buques que partió de Lisboa el 8 de Marzo de 1500. No por huir de las calmas de Guinea, como dicen los autores españoles que de esto escriben, pues no tuvo calmas, sino fuertísimos vientos y tempestades, en la última de las cuales se perdió la nao de Pedro de Figueiró, sino por huir de las gruesas mares del cabo de las Tormentas y tener mejores vientos para doblarlo, se fué engolfando la armada hacia Occidente. Gaspar Correa, el inimitable cronista de la India, bien claramente expresa que navegaron de este modo *pera que os ventos lhe fossem mais largos pera navegar pera o cabo.* «La capitana, que iba delante (y aquí le cedo la palabra doliéndome de traducirle), vió tierra á barlovento un domingo al amanecer, de lo que hizo señal disparando un falconete, y fué corriendo por ella y descubriéndola, que era gran costa y tierra nueva que nunca habia sido vista, y estando cerca, corriendo al largo de ella vieron grandes arboledas á orillas del mar, y por el interior grandes montes y serranías, y ríos muy anchos y grandes ensenadas, y siendo ya tarde, vieron una gran bahía, en la que el Capitán mayor entró sondando. Y hallando buen fondeadero, dió fondo, y así lo hizo toda la armada. El Capitán mayor botó un esquife al agua, y lo mismo hicieron los Capitanes, y fueron á ver al Capitán mayor, el cual mandó á Nicolás Coelho en su esquife con el piloto moro que fuese á tierra y viese si podía venir al habla con la gente de ella; y fué con diez hombres con lanzas y ballestas, porque aun no había escopetas, y saltó en tierra y halló poblaciones de chozas, en las que había gente blanca bestial, desnudos, sin ningún cubrimiento de sus vergüenzas, así los

hombres como las mujeres. Algunos hombres vestían redes de tejido de algodón, cubiertos de plumas de aves de muchos colores y muy hermosas que hay en la comarca, y mayormente papagayos, grandes como patos, con plumas de muchos colores; gente mansa, que no huyó, ni hacía daño, ni tenían armas, sino unos arcos grandes, como de ingleses, con flechas de caña..... No tenían en las casas ropa alguna, sino únicamente redes de hilo de algodón, que ataban por las puntas, las colgaban y dormían en ellas. No hubo lengua que los entendiese. La mayor parte de los árboles eran de un palo rojo, que, echado en agua, hacía un rojo muy bueno; y se hallaron en esta tierra otras cosas que no describo porque después se descubrió.

»El Capitán mayor fué á tierra con los Capitanes, donde estuvo cinco días, y fueron hombres tierra adentro y no hallaron quien les hiciese mal.»

Los indígenas acudieron del interior pasmados de aquel tan nuevo espectáculo. Estableciéronse cordiales y hasta cariñosas relaciones. Celebróse una misa, que fué para ellos novedad á que asistieron con gran recogimiento. Luego construyeron, portugueses y brasileños, una cruz de madera, grandísima, y la plantaron cerca de la playa, adorándola con no menos extremos de devoción unos que otros.

Simbolizada en la misa y la cruz la conquista que comenzaba, hubo otras escenas menos solemnes y simbólicas, pero que sin duda fueron más celebradas. Los indios bailaban al son de la *yanubia*, maravillando á los portugueses; éstos, en cambio, maravillaban todavía más á los indios improvisando durante las hermosas noches tropicales conciertos de guitarra.

Uno de los tripulantes, llamado Diego Dias, *homem mui prazenteiro*, dice el cronista, lució una porción de habilidades en la playa, dando un salto mortal que dejó á los indios estupefactos.

El 2 de Mayo dióse la armada á la vela para la India, adonde el Rey la mandara.

Para que en todo se viese ser esta gran epopeya de los descubrimientos, conquista y civilización de tantas y tan remotas tierras obra común de españoles y portugueses, andan los nombres de éstos tan mezclados en la del Brasil, que á veces no se

sabe á cuáles dar el primer puesto. Pinzón y Diego de Lepe le descubrieron, pero sólo el descubrimiento de Cabral tuvo eficacia. Pues bien; con Cabral iba de conjunta persona y despachado para sucederle en el mando, caso de muerte, el castellano Sancho de Tovar, de quien nada dicen las historias castellanas. Por cierto que este Tovar fué uno de los varios y totalmente ignorados españoles que se distinguieron en la India descubriendo y peleando esforzadamente. La tercera escuadra enviada á la India la mandaba otro español, el gallego Juan da Nova, el cual fué el primer europeo que peleó con los indios en la mar, pues habiéndole salido al paso una poderosa armada del Rey de Calicut, la destrozó (16 de Diciembre de 1501). Cabral, después de descubierto el Brasil, envió á Tovar al descubrimiento de Sofala, llevándole éste á cabo felicísimamente, con lo que regresó á Lisboa á dar cuenta al Rey de su empresa. En 1518 volvió Tovar á la India en la armada de Diego Lopes de Sequeira, nombrado capitán de Sofala.

El Brasil quedó olvidado y abandonado. «El minotauro de la India devora todas las fuerzas y absorbe todas las codicias», dice el Sr. Oliveira Martins. En efecto, sabíase que la India era riquísima; pero el Brasil, ¿qué sería? No se decía que le habitaran pueblos opulentos ni se sospechaba que tuviera minas de oro. Al descubrirle, envió Cabral al rey D. Manuel, en un buque, el sumario de las riquezas que sin duda contenía aquella nueva tierra. Trajo el buque algún maíz, y como lastre *uns paos vermelhos aparados que eran muy pesados e que chamarão brasil por sua vermelhidão ser fina como brasa.* Aquel palo dió nombre á la comarca, y dióle también sus primeros pobladores. «El Rey *logo tornou a mandar a Andre Gonçalves a descobrir esta terra porque mandou experimentar o pao e acharão que fazia muito fina côr vermelha*, *com que logo fez contrato con mercaderes que lhe compraram o pao a peso*, *que foram carregar este brasil de que houve grande trato e muyto proveito*, *por ser mercadoria pera muitas partes e mormente para Frandres*, *de que el Rey houve grandes proveitos como agora parece.*» (Gaspar Correa, *Lendas da India.*)

Mercaderes en palo brasil fueron los primeros habitantes, aunque no tardaron en tener por compañeros tal cual huido

del Reino por no llevarse bien con la justicia, y más de un judío de los que D. Manuel, movido por su mujer D.ª Isabel, histérica tocada de monomanía religiosa, perseguía con una saña que su antecesor D. Juan II no hubiera seguramente aprobado. Las armadas de la India solían dejar algún colono, á veces voluntario, á veces no. No se sabe quién, quizás un madeirense, plantó la caña de azúcar. Los principios de la colonia no podían ser más humildes y obscuros.

América, en estos primeros años del siglo XVI, era tenida en poco; comparada con Asia, en nada. Del Mundo Nuevo apenas se conocían algunas islas y varios trozos de costa habitados por salvajes desnudos, los más de ellos reducidos á la triste condición de nómadas. En cambio, el remoto Oriente, la gran presa tan tenazmente perseguida, ofrecía ricas ciudades que saquear, reyes opulentos que poner á rescate, mercancías que valían su peso en oro, y más aún. Aquel era un sueño de las Mil y una noches, soñado por una nación entera. El sueño encontró su hombre, que siempre los encuentran los sueños de las colectividades, en Albuquerque, héroe de durísimo corazón y no menos dura mano, de grandes pero desinteresadas ambiciones, y de planes gigantescos: el mayor genio que Portugal ha producido. Versado en los clásicos, dado á las sublimes fantasías que el ejemplo de la antigüedad inspiraba á los grandes hombres del Renacimiento, con la imagen de Alejandro poderosamente grabada en el pensamiento, puso las tres piedras fundamentales del Imperio indio: en el Centro, Goa; en el Oriente, Malaca, y en el Occidente, Ormuz.

Mientras duró la obsesión de las riquezas orientales y la nación tuvo fuerzas para ganarlas, el Brasil continuó siendo la más obscura de las colonias portuguesas. Aquello pasó pronto; harto hizo Portugal con sostener medio siglo el edificio levantado por Albuquerque.

II.

COLONIZACIÓN OFICIAL. — LAS CAPITANÍAS.

El Portugal de D. Juan III no sentía ya los alientos y las ilusiones de D. Manuel. Treinta años de pillaje por Asia y

África le habían estenuado y corrompido. Desvanecíase el sueño del Imperio indio, siendo preciso, para contener su total desquiciamiento, ó siquiera retrasarle, enviar á D. Juan de Castro á que pusiera en él sus manos poderosas. ¡Perdíanse tantas armadas! En los procelosos mares del cabo de la Buena Esperanza sumergíanse todos los años las más poderosas naos con muchedumbre de gente é infinitas riquezas.

«Pelos nossos desastres es famoso.
¡Maldito Adamastor! ¡Maldita fama!»

Camôes, el gran épico, había de lanzar bien pronto esta maldición terrible. Mediado apenas el siglo XVI, Portugal renegaba de su fama, y hablando por boca de aquel viejo de aspecto venerando, que veía partir la armada de Vasco de Gama, exclamaba pesaroso:

«¡Oh! Maldito o primeiro, que no mundo
Nas ondas velas poz em secco lenho.»

También el torrente del entusiasmo religioso, la idea de la guerra al moro, que los siglos de la Reconquista habían formado y robustecido, iba, mermando en ímpetu y caudal, á perderse en las tierras de Marruecos, como se pierden en las arenas del Sahara, bebidos por ellas y por el sol, los ríos que bajan del Atlas, impetuosos y soberbios.

Ya no acudían voluntarios ansiosos de pelear en las plazas mogrebíes con los enemigos de la fe. La nobleza lusitana prefería el botín de la India gozado descansadamente en Lisboa.

En 1549 fué abandonada Arzila, la principal conquista de Alfonso V *el Africano*. Herculano, en una de sus ardientes poesías, castiga este abandono de D. Juan III, llamando al soberano *Rey vil*.

¡Pobre soberano! ¿Acaso tenía él la culpa de que la nación, rendida de fatiga y sintiendo írsele con las fuerzas los ideales, buscase en el Brasil una presa fácil, donde cada cargamento no costase una batalla?

Por eso fué Portugal al Brasil. No podía seguir comprando la pimienta al precio de gota de sangre por grano, pues se le acababa por momentos la moneda. Buscaba el oro americano,

cuya abundancia pregonaban los españoles, y que los salvajes brasileños, inermes y poco numerosos, no sabían hacerse pagar.

*
* *

Noticias de las riquezas de América, y de surcar las aguas del Brasil, algunos corsarios llevaron hasta este país la atención del rey D. Juan III, á quien Portugal debe el no pequeño favor de haber puesto algún orden en sus negocios coloniales, mirando á Angola y á América tanto ó más que á la India, muy al revés de lo que hicieron sus antecesores.

En 1525 nombró capitán mayor del Brasil á Cristóbal Jaques, enviándole al frente de una pequeña armada. Arribó Jaques á la bahía de Todos los Santos, así llamada del día que fué descubierta (1.º de Noviembre de 1501), mas no la halló tan sola como pensaba, porque en ella estaban fondeados unos buques franceses. No se sabe quién los mandaba ni quién los guiara á aquellos parajes, aunque se sospecha fueron atraídos por cartas de dos capellanes también franceses que algo antes pasaron al Brasil en la escuadrilla mandada por Coelho. No anduvo Jaques en las averiguaciones que nosotros ahora, ni quiso tampoco saber si los tales buques estaban allí de arribada, obligados por fuerza mayor; fuése á ellos, los echó á pique, y ni á uno solo de los tripulantes dejó con vida.

No sirvió de escarmiento esta crueldad, pues nunca aquellos parajes se vieron libres de corsarios, los cuales, si huían de las armas portuguesas, donde quiera que hallaban la costa desamparada entraban en tratos con los indígenas. El creciente desarrollo de la colonia servía de cebo, porque donde no había indígenas con quien tratar, podía haber europeos á quienes robar, y aunque no osaban ningún ataque serio, pues la superioridad de los portugueses en la mar era reconocida, podía temerse que, envalentonándose con el descuido, se atrevieran á más. Estas razones debieron decidir al Rey á dividir el Brasil en capitanías, para que ni el menor trecho de costa quedase sin dueño y amparador. El primero de los portugueses favorecido con una capitanía fué el insigne historiador Juan de Barros, á quien dió

la de Maranhão, con encargo especial de subir por el Amazonas arriba en busca del Perú, á la sazón conquistado por Pizarro, y de cuyos tesoros había ya en la Península estupendas noticias. La empresa fué desgraciada. Se perdieron cuatro buques arruinándose Barros y los que se le habían asociado.

Hubo otras ocho capitanías cuyos nombres y donatarios fueron de esta manera:

La de Pernambuco, que se dió á Coelho d'Albuquerque.

La de los Ilheos, á Jorge de Figueiredo Correa.

La de Porto Seguro, á Pedro de Campos Tourinho.

La de Espíritu Santo, á Vasco Fernándes Coutinho.

La de Santo Thomé—en la que se incluía á Río de Janeiro—á Pedro de Goes da Silva.

La de San Vicente, á Martín Alfonso de Souza.

Y la de Santo Amaro, á Pero Lopes de Souza, hermano del anterior.

La corona se reservó el dominio pleno de San Salvador da Bahía, hasta que últimamente cedió también este territorio á Francisco Pereira Coutinho.

Esta división de lo descubierto bien dejaba entender que las tradiciones feudales de la colonización portuguesa no se habían extinguido. Portugal había comenzado á colonizar hallándose aún en la Edad Media, es decir, en la primera mitad del siglo xv, en tiempos en que el Rey, considerándose dueño de la tierra conquistada, la repartía entre sus barones. Así se hizo, por cierto que no sin éxito, en Porto Santo, en Madera y en las Azores. En el Brasil, por ser muy otras las condiciones del problema planteado, el resultado fué malo. Allí bastaban limitados recursos, tales que podían estar en manos de una sola persona; aquí había capitanía capaz de absorber todas las rentas de un gran reino antes de que se observase en ella algún progreso.

Las capitanes mayores ó capitanes generales tenían poderes soberanos, menos el de acuñar moneda. Este y la propiedad de la décima parte del valor de los tributos expresaban el dominio de la corona.

Cada capitán mayor tomaba posesión, ó consideraba haberla tomado de 50, 60 ó 100 leguas de costa, y luego avanzaba tierra adentro lo que podía.

Quedaron gozando de gran libertad la agricultura, la industria y el comercio; casi ningún artículo fué objeto de estanco, y se establecieron impuestos muy moderados.

*
* *

Las dificultades que oponía el clima, la inmensidad del territorio y la inaudita frondosidad de la vegetación; la resistencia, en algunas partes tenaz, de los indígenas, y los ataques de los piratas extranjeros fueron obstáculos insuperables para la colonización feudal.

Unos antes, otros después, los capitanes mayores, ó se arruinaron, ó comprendieron la necesidad de abandonar sus empresas so pena de ruina.

Salió beneficiada con esto la corona. Á mediados del siglo vióse la absoluta necesidad de ponerla al frente de la colonización, no sólo de derecho, sino también de hecho.

Por eso fué nombrado en 1549 Gobernador general Thomé de Souza, el cual se instaló en Bahía con un millar de soldados y de deportados.

Thomé de Souza trató de unificar el movimiento colonizador. Hízolo á su modo.

Prohibió que sin licencia especial comunicaran entre sí los colonos de las diversas capitanías; que nadie desembarcara y comerciara donde no hubiera aduana; reglamentó el cultivo y fabricación del azúcar, expidió licencias para la construcción de buques, y dió vigoroso impulso á la colonización de Bahía.

Tan duros son siempre los cimientos de una nación, tan inconmovibles y persistentes, que todavía se traslucen en la reciente república brasileña estos rasgos primitivos de su fábrica.

Aun hoy, las tendencias federales reflejan aquella primera separación en capitanías casi aisladas unas de otras.

III.

LOS INDIOS.—LOS JESUÍTAS.

La sociedad embrionaria, á cuya formación asistimos, era fidelísima reproducción de la sociedad portuguesa de que había

nacido. Pocas veces se ha visto hija tan parecida á la madre, según iremos conociendo en el discurso de este somero estudio.

Con Thomé de Souza llegaron al Brasil los jesuítas, encarnación perfecta del misticismo español en el siglo XVI, y sustentadores de la solución que nuestro genio dió al gran problema que por entonces agitaba al espíritu europeo. No diré si esa solución era mejor ó peor que la hallada por los pueblos del Norte, pero sí que sin ella no se hubiera encontrado la fórmula intermedia que para siempre imprimió carácter á la civilización europea. Pocos españoles han estudiado y puesto en claro nuestra misión de entonces, que fué tan transcendental ó más que la que como descubridores tuvimos, y aun de esos pocos, apenas hay alguno libre de añejas preocupaciones de secta y en condiciones de comprenderla.

Pero dejemos esto, que me llevaría muy lejos de mi bosquejo histórico del Brasil. La Compañía de Jesús (ya algo apartada del plan del fundador), que mediado el siglo aquél tomó á su cargo la educación de Portugal, extendió sus funciones pedagógicas al tierno retoño americano. El campo era más vasto, más fértil, y sobre todo, abundaba en él una hermosísima primera materia social: el indio.

En los años de 550, en que estamos, ya la prosperidad de la colonia era grande. La caña de azúcar cubría el suelo de las provincias costeras; levantábanse fábricas; crecía el comercio con la Metrópoli. Los colonos, necesitados de brazos para el laboreo de tanta finca, iban en busca de ellos á las selvas del interior: al *sertão*. La caza del indio, iniciada casi á raíz de la ocupación, iba tomando vuelo, según las necesidades del cultivo. Pero el salvaje brasileño no era fácilmente reductible por la fuerza bruta, y menos aún transformable en máquina agrícola. Resistió enérgicamente, devolviendo mal por mal en escala mucho mayor que lo hiciera con la gente de Vicente Yáñez, el descubridor. El portugués cazaba al indio para hacerle trabajar en sus ingenios, y el indio al portugués para martirizarlo y comerlo, en venganza. Esta lucha puso en más de un aprieto gravísimo á la naciente colonia, según diré á su tiempo.

En la época del descubrimiento eran señores de casi toda la

costa los tupís ó guaranís, raza belicosa y fuerte, dada á la antropofagia, y que había despojado de la soberanía de la comarca á los tapuyas, sus primitivos pobladores. Tenían su origen, á lo que parece, en las tierras vecinas á las fuentes del Paraná, y habían avanzado lentamente hacia el Norte, guerreando siempre con fortuna. Eran gruesos, robustos, de manos y pies pequeños y delicados; piel de color vario, según las infinitas tribus, desde el rojo hasta el amarillo; cabeza cuadrada; rostro lleno y oval, naríz corta y muy achatada, ojos pequeños y poquísima barba.

Los tapuyas no eran los primitivos habitantes de esta región, por ellos conquistada antes de la llegada de los tupís. Dividíanse en 76 tribus, siempre en guerra entre sí, en las que la antropofagia era constante. Hablaban lenguas distintas. En los tupís había más unidad y una barbarie menos primitiva. Existía la antropofagia, pero anormalmente, es decir, tratándose de prisioneros de guerra. Hablaban una misma lengua, cultivaban la tierra, profesaban un culto algo más avanzado, y su organización social era menos imperfecta. Formaban á la llegada de los portugueses 16 naciones, todas las cuales conservaban como radical de su nombre el del tronco común, y así decíanse *tupí*-nambás, *tupí*-niquinos, *tupí*-aes; todos los hombres iban á la guerra, lo cual hacían con gusto y mucho ánimo.

Cuando Souza llegó al Brasil, las relaciones entre los colonos y los indígenas eran tales, que podía razonablemente temerse un levantamiento general de estos últimos. Las presas mutuas y los asaltos menudeaban con creciente encarnizamiento.

Luego acudieron los jesuítas á poner algún orden en tan inhumano desconcierto. Los padres Nobrega y Azpilcueta, portugués aquél y español éste, comenzaron en los alrededores de Bahía su piadosa obra de *aldear* indígenas, es decir, de reducirlos á vivir en poblaciones. Los colonos comenzaron también en seguida su oposición, más ó menos sorda al principio, franca más tarde, y que subió de punto, viendo que cada misión era un taller, monopolizando los jesuitas el trabajo de los indios.

Nobrega y Azpilcueta fundaron en Bahía dos seminarios, el Padre Leonardo Nunes fué enviado á Espíritu Santo, Alfonso Braz á San Vicente, y así se esparcieron por toda la colonia los

nuevos apóstoles. Maravilla el concepto grandioso que mostraron tener de su misión, y la energía, la actividad y la inteligencia que pusieron en llevarla á cabo. Estos héroes del cristianismo en el Brasil más parecían dioses que hombres.

Vivían en perpétuo movimiento, cruzando inmensas é impenetrables selvas y asperísimos desiertos y montañas, vadeando caudalosos ríos para ir en busca de las más lejanas y feroces tribus á predicar aquella grandísima novedad que de Europa les llevaban. Fabricaban su choza, y quedábanse viviendo entre los salvajes, acompañándoles en sus lejanas correrías á costa de inauditas fatigas y peligros, y aprendian sus costumbres, su idioma y su carácter, hasta comprenderle y dominarle por la superioridad moral.

Conocieron admirablemente su nuevo rebaño. Sabían que el indio era parte niño y parte fiera. Al niño deslumbraban con pompas de toda suerte; á la fiera domesticaban por procedimientos adecuados á su fiereza. Alguna vez corrió parejas la caridad jesuítica, por lo dura, con la inhumanidad de los aventureros paulistas. «No sólo con blandura, sino también por la fuerza se somete al indio», decía uno de los Padres más famosos. Y ésta era una de sus máximas fundamentales.

El caso es que obraban verdaderos milagros. La poligamia y la antropofagia eran los dos grandes pecados de aquella gente bárbara: dedicáronse á combatirlos muy principalmente. Nóbrega convenció con cierta facilidad á los tupinambás de que sólo debían tomar una mujer, pero no de que dejaran de comerse unos á otros: halló en este punto invencible resistencia. Fundó en cada aldea una iglesia y una escuela. Él mismo iba en peregrinación de tribu en tribu, enseñando á leer á los indígenas. Á veces salía en procesión con sus neófitos de Bahía, los estandartes al frente, entonando cánticos religiosos, con tan edificante compostura y admirable concierto, que los indiferentes, y á veces los hostiles, se agregaban al concurso, engrosándole, volviendo todos á la iglesia después de haber recorrido, no sólo la ciudad, sino también los vecinos campos. Esparcida por toda la inmensidad de la colonia noticia de éstos y otros prodigios, mandaban á llamar á los Padres algunas veces los colonos, otras los mismos indios.

El P. Anchieta fué el más querido y el más famoso de los misioneros jesuítas del Brasil. Llámanle algunos el Francisco Javier de Occidente, no sin motivo. Era de apacible carácter, de incansable tenacidad y sapientísimo en todo lo concerniente á la empresa á que dedicó su vida. Hablaba corrientemente varias de las muchas y difíciles lenguas tupís y tapuyas, y compuso una gramática guaraní, la primera que hubo. Su elocuencia era irresistible. Un escritor portugués le llama *el más santo, el más útil y el más precioso de los misioneros.* El Sr. Pereira da Silva, notable escritor brasileño, habla de él en estos términos:

«La fama que de sus trabajos cogió fué inmensa. No sólo le veneraban y le respetaban los portugueses y los mamelucos (mestizos de portugueses é indias), sino que también los salvajes dejaban sus ranchos y selvas y corrían al templo; ¡cuántos prodigios, á que las crónicas de la época llaman milagros, ejecutó José d'Anchieta ante los atónitos salvajes! ¡Cuántas veces, yendo á buscarlos en sus escondidos asilos, penetrando en sus enmarañados bosques, cruzando profundos ríos, subiendo inaccesibles sierras y hablando con los mosacás (jefes de las tribus), consiguió con su elocuencia convertirlos á la religión verdadera y á la vida civilizada! Las memorias contemporáneas declaran los servicios que prestó, atrayendo á Piratininga innumerables salvajes, y fundando en los alrededores diferentes aldeas de indios conversos, que fiaron su porvenir á la sociedad civil y religiosa y al gobierno de los Padres de la Compañía.»

Verdaderamente no es de extrañar que los indios huyesen de los colonos y se refugiasen en los Padres, queriéndolos aquéllos por esclavos y éstos por protegidos y discípulos. Odiaban á los unos y adoraban á los otros; Nóbrega, Nunes, Anchieta, Braz, eran para ellos mucho más que sacerdotes, verdaderos ídolos. Las ciudades se despoblaban y las misiones crecían.

Pero la colonia necesitaba brazos, requiriéndolos con grandísima urgencia la creciente producción de los campos. ¿Cómo salvar al indio de las garras de los agricultores? Los jesuítas, sintiéndose amenazados por el odio de éstos, ya poco ó nada contenido entre la gente del Sur, discurrieron la trata de negros, obteniendo privilegio para sacar de la costa de África

y llevar al Brasil tres buques cargados de esclavos cada año.

Introducido este nuevo elemento en la sociedad naciente, pronto le veremos crecer y adquirir grandísima importancia. Por el momento la Compañía salvó á sus neófitos, según se proponía. Hubo para ello de sacrificar otra raza, no menos merecedora de las luces y consuelos del cristianismo, pero sobre la cual no tenía por entonces pensamiento alguno. Sospéchase que no la guiaba un propósito caritativo y noble, sino un cálculo político. Los escritores de mayor autoridad, así brasileños como portugueses, hacen más que sospechar: afirman que pretendió formar con la virgen raza guaraní una sociedad conforme á las doctrinas y planes jesuíticos, según se la vió hacer casi al mismo tiempo en el Paraguay. Este ejemplo paréceme indicio vehemente de que no van descaminados del todo.

El plan, si le hubo, fracasó, principalmente por la tenaz oposición de los portugueses, así puros como mestizos. Estos últimos, muy numerosos en las provincias meridionales, eran una nueva raza fuertísima, aventurera é independiente, que llevó el odio á la Compañía hasta combatirla á mano armada, acometiendo y dispersando las misiones. Los Padres solicitaron y obtuvieron permiso para armar á los indios aldeados.

La colonización de esta parte del Brasil no fué tan agrícola como la septentrional. Había menos ingenios, y, por tanto, menos esclavos. El blanco trabajaba más; las razas se fundieron mejor, ayudando á todo el clima, templado por la latitud. Los mestizos (mamelucos), y aun los portugueses puros (paulistas), vivían casi como los indios, al aire libre, robustecidos por una actividad constante que tenía en continuo ejercicio todas sus energías. En 1620 comenzaron á combatir á los jesuitas.

Protegía á éstos el Gobierno español, con mejor deseo que fruto. En realidad, ellos eran el poder supremo de la colonia, y el Gobernador instrumento suyo. Entonces, como siempre, España hizo por la Compañía lo que pudo, viendo en ella su hija predilecta, pues le había dado la vida formándola de lo mejor de su fe en aquellos hermosos años de la primera mitad del siglo XVI, en que nuestra patria era todo vigor y lozanía.

¡Cuán ingratamente pagó la hija el afecto y la constante protección de la madre!

Los jesuítas, bien movidos y bien pagados por Francia, contribuyeron con todo su poder á romper la unidad patria. No es para referido aquí cuánto trabajaron en restaurar el reino de Portugal. Baste recordar que lograron su deseo, y que, en premio del trono que dieron á D. Juan IV, dióles este Rey el Brasil en feudo, con no disimulado disgusto de los brasileños.

Allá fué el P. Antonio Vieira, gran retórico, orador elocuente, si bien pretencioso y gongorino, pero, sobre todo esto, político incansable, á quien la dinastía bragantina debe, por muchos conceptos, gratitud. Perseverando en el sistema de salvar á los indígenas de manos de los colonos (lo que ni con la constante y cada vez más activa entrada de esclavos negros se lograba), para utilizarlos en la construcción del soñado edificio socialista-cristiano, fundó la *Junta de Protección*, organizó el sistema de los aldeamientos y trazó el programa de la ocupación y colonización del Amazonas.

La gente del Sur recibió estas reformas arreciando sus ataques: las misiones eran una traba y un competidor industrial. En 1679 llevaban los paulistas tan de vencida á los misioneros, que de 100.000 conversos que éstos tenían aldeados, apenas les quedaban 12.000. La licencia para armar á los indios contuvo la ruina material de su obra. La moral no pudieron evitarla. Perdidas las esperanzas en el Sur, pusiéronlas en el Norte; pero no les salieron allí mejor las cuentas. Á los nueve años de comenzados los trabajos, alzáronse los colonos y obligaron á los Padres á embarcarse para Europa. Volvieron después, mas para desempeñar un papel harto secundario, bien diferente del principalísimo que durante bastante más de un siglo tuvieron.

En 1757, Pombal acabó para siempre con las últimas esperanzas de la Compañía, expulsándola de aquella misma tierra, que tan poderosamente había contribuído á conservar para Portugal en las grandes crisis de que luego hablaré.

Dábanla por sus grandes servicios parecida recompensa á la que ella diera á España por los aun mayores que á ésta debía.

*
* *

No juzguemos á los jesuítas, según la fórmula tan conocida, de un jacobinismo trasnochado, ni sea parte á mostrarnos injustos con ellos su ingratitud. Ya es tiempo de romper cierta tradición que hace de la Historia un fastidioso sermón de sectario.

Seamos justos. Por interés humanitario ó por interés propio, sacrificáronse heroicamente en aras de una idea, lo que por sí mismo, y sin atenerse á los resultados, ha de reputarse siempre de sublime. Sin divinizar á la Compañía de Jesús, podemos y debemos decir que tuvo en América, en Asia y en África, apóstoles con la grandeza de los genios y la resignación de los mártires. Nóbrega y Anchieta son dos figuras tan puras como las de los fundadores del cristianismo, y de una elevación moral de que los hombres han dado rarísimos ejemplos.

La obra á que dedicaron su vida entera, y su reposo, y salud, y fuerzas, era grandiosa. Podía ser la consecuencia lógica de un principio falso, y por tanto, un error inmenso toda ella; es lo más probable. Carecía de solidez, pues apenas expulsados del Brasil los misioneros, sus catecúmenos volvieron al bosque virgen, á la superstición idolátrica, á la vida nómada, á la poligamia y á la antropofagia, como si por ellos no hubiera pasado la menor corriente civilizadora. Fué la Compañía á veces cruel, ambiciosa siempre, y tan dada al lucro comercial, que buena parte del odio de los colonos, á que al fin hubo de sucumbir, lo debió á que el producto del trabajo de las misiones, trabajo por ella organizado, dirigido y negociado, rivalizaba ventajosamente con el que aquéllos obtenían. Pero no puede negarse que salvó al Brasil de manos de los franceses; que contribuyó eficacísimamente á la expulsión de los holandeses; que impidió la destrucción de la raza indígena; que llevó un poderoso elemento moral á una sociedad muy necesitada de él; y por último, que su tentativa de estado cristiano, aun con la mancha de la esclavitud negra, seduce por lo genial y por lo vasta.

Además, no olvidemos que muchas de las maldiciones que han caído sobre los jesuítas, débelas la Compañía á su origen español. Examinémoslas reposadamente antes de asociarnos á ellas, porque nos exponemos, de no hacerlo así, á maldecir á la patria.

IV.

LA INVASIÓN.

La fama de rico que rápidamente ganó el Brasil, su privilegiada situación y lo dilatado de sus costas que imposibilitaba la vigilancia, atrajéronle las miradas ambiciosas de los pueblos europeos, en los que el instinto aventurero se iba desarrollando, avivado por el ejemplo de las buenas fortunas de portugueses y españoles.

Los franceses, siempre en busca de colonias, y siempre fundándolas para otros, frecuentaban la comarca vecina á Cabo Frío y las inmediaciones de la magnífica bahía de Río de Janeiro. Compraban palo brasil á los indios, manteniendo con ellos muy buenas relaciones. Algunos íbanse en su compañía á hacer vida salvaje, imitando sus costumbres. Estrecharon amistad, más que con ninguna otra tribu, con la de los tupinambás, una de las más poderosas. Para el indígena iba una gran diferencia del francés al portugués. Aquél compraba palo brasil, vendía mil objetos curiosos ó necesarios, que satisfacían la vanidad infantil del salvaje y no se atribuía ninguna especie de señorío; este otro, que se había metido á plantador de caña, andaba siempre á caza de indios que reducir á servidumbre para que trabajaran en las plantaciones. Había, pues, entre ellos, cruda y constante guerra, y los franceses fueron mirados como útiles aliados contra los portugueses.

Menudeaban bastante las expediciones de franceses al Brasil, donde parece que era grande el provecho. Dicen algunos que Coligny pensó entonces en fundar en aquel país una colonia que sirviera de refugio á sus hugonotes, á quienes los católicos no daban punto de reposo, y añaden que puso esta empresa en manos de un señor Durand de Villegagnon, caballero de Malta y hombre de reconocido valor y experiencia.

Villegagnon establecióse en una de las islas de la bahía de Río de Janeiro, y en el acto escribió á Coligny, pidiéndole refuerzos de hombres y municiones. Fortificóse en la isla, y dióse tal maña

en ganarse la amistad de los indígenas, que redujo á más de 700 de ellos á vivir en la fortaleza.

Mostrábase con todos muy liberal y justiciero; por la más pequeña falta castigaba severísimamente á los suyos, llegando á ahorcar á varios de ellos; en cuestiones de disciplina era inflexible. *Los indígenas le aman y los franceses le temen*, escribía Mem de Sá al gobierno de Lisboa. Del temor pasaron al deseo de sacudir aquel pesadísimo yugo. El comandante descubrió más de un complot, que castigó con mano fuerte. Estallaron discordias de carácter religioso: Villegagnon abjuró el calvinismo y se hizo católico. Entre tanto seguía cultivando la amistad de los indígenas, á los que con terror de los portugueses instruía en el manejo de las armas de fuego. En Marzo de 1557 llegaron los refuerzos pedidos, pero Villagagnon, ó no pareciéndole suficientes, ó hallando quebrantada su autoridad, se embarcó para Francia, prometiendo volver con mayores recursos.

El establecimiento de los franceses era un peligro harto serio para Portugal. La Regente D.ª Catalina envió de Lisboa á Mem de Sá una escuadrilla con orden de acabar con aquellos herejes invasores.

Cumplió la orden Mem de Sá al pie de la letra. El fuerte fué atacado, y aunque defendido bravamente, entrado por asalto. No hubo cuartel para ningún prisionero, ni quedó piedra sobre piedra, después de lo cual los portugueses se retiraron.

Un centenar de franceses habían conseguido ganar la costa. Al poco tiempo volvieron con sus amigos tupinambás, tamoyos, etc., etc.; reedificaron el fuerte, y hasta parece que con nuevos auxilios, que de Europa recibieron, levantaron otros en la costa. Los jesuítas dieron la voz de alarma. Mem de Sá escribió á Lisboa diciendo: «Si Villegagnon vuelve con los refuerzos anunciados, serán los franceses más temibles que nunca. Que se me envíen nuevas tropas para la total expulsión de los enemigos.»

Era llegado el momento de la gran crisis de la colonia portuguesa. Los aimorés, tribu ferocísima de tapuyas, invadieron las capitanías de los Ilheos y Porto Seguro, destrozándolo todo, asesinando á los colonos y arrasando sus ingenios y viviendas.

Los tamoyos, no menos feroces, y movidos y capitaneados por los franceses, levantáronse en masa, señoreándose del terreno entre Río de Janeiro y San Vicente. Mandó Mem de Sá contra ellos un buen golpe de tropas, al frente de las cuales puso á su propio hijo; los tamoyos las vencieron y éste fué muerto en la batalla.

Nóbrega y Anchieta no descansaban un momento. Con sus indios cristianizados contribuían á la defensa, venciendo á veces á los bárbaros, si bien en más de una ocasión les fué contraria la fortuna. Un pánico horrible cundió entre los portugueses. Sólo los Padres se mostraron inquebrantables. Ellos fueron el núcleo de la resistencia, á pesar de que, para colmo de desdichas, una espantosa epidemia de viruela les mató en poco tiempo más de 30.000 neófitos. Cuando los tamoyos y los aimorés tenían reducidos á los portugueses á la última extremidad, Nóbrega y Anchieta trataron con ellos de la paz, y tuvieron influencia bastante para hacer que se avinieran á ello. A poco llegó del reino Eustaquio de Sá con tropas, que se emplearon en embestir las fortalezas de los franceses, todas las cuales fueron arrasadas, resultado que se debió más á la industria, energía y actividad de Nóbrega, que al valor y la experiencia del gobernador y de su recien venido sobrino.

Vencidos en el Mediodía, diéronse los franceses á piratear en el Norte. De Parahiba fueron expulsados en 1585. Pero no escarmentaron. Cuando los portugueses trataron de ocupar la ancha desembocadura del Amazonas, tropezaron nuevamente con los franceses. Un tal Devaux habíase instalado, juntamente con otros compatriotas suyos, en la isla de Maranhão, situada al sur del gran río. Tras él fueron La Ravardière, Francisco de Rasilly, Nicolás de Harley y otros aventureros. María de Médicis, regente de Francia, protegió á la nueva colonia, en la que se repitió el suceso de Río de Janeiro, fraternizando los franceses con los indios que también eran tupinambás. Tras una lucha, en que el auxilio de éstos dió más de una vez la victoria al invasor, se consiguió la expulsión de éste (1614).

También los ingleses codiciaron el Brasil. Cavendish saqueó á Santos y quemó á San Vicente; Lancaster se apoderó de Recife, y todos ganaron mucho dinero con el saqueo de las nacien-

tes ciudades. Pero ello fué negocio de pillaje y merodeo sin propósitos políticos ni comerciales.

La invasión de los holandeses, por premeditada y sistemática, fué de mayor transcendencia que la francesa, mas la colonia, que había llegado á mucho mayor grado de robustez, resistióla mejor. No por eso dejó de correr el Brasil muy grave peligro de perderse, llegando á haber una época en que pudo darse por perdida toda su parte N., que fué donde cargó, al contrario de lo que ocurrió con los franceses, el principal peso de los enemigos.

La Compañía holandesa de las Indias orientales fundóse para el saqueo de las colonias portuguesas y españolas. El capital primitivo fué de 18 millones de florines. Obtuvo por veinticuatro años el privilegio de la navegación de África y América; nombraba los empleados de sus colonias, declaraba la guerra y hacía paces y alianzas, levantaba fortalezas, tenía ejércitos y armadas, etc., etc.

Á poco de fundada, decidióse la conquista del Brasil, como pudo decidirse otro negocio cualquiera: la explotación de minas, por ejemplo. Buscábase una mina, teníase aquella por excelente, y ofrecía además la ventaja de debilitar el gran poder de España, contra el que conspiraba toda Europa, estando á la sazón ya muy quebrantado. Dícese que algunos cristianos nuevos, de los muchos que entre los brasileños había, facilitaron noticias á la Compañía y la instaron á que realizase, sin pérdida de tiempo, su propósito. Frustráronse las dos ó tres primeras empresas acometidas como por vía de ensayo, más el 4 de Mayo de 1624 una poderosa escuadra con más de 3.500 hombres y 500 cañones se apoderó de Bahía casi sin resistencia, siendo saqueada de alto abajo la ciudad, incluso las iglesias. ¡Buen dividendo para la Compañía!

Repuestos de la sorpresa, los brasileños nombraron gobernador al obispo D. Marcos Teixeira, quien, á pesar de sus años y de su carácter sacerdotal, dió pruebas de grandísima intrepidez y constancia. Los holandeses quedaron encerrados en la ciudad tomada, hostilizándoles los sitiadores sin descanso. Una poderosa escuadra enviada de España la recobró después de un mes de nuevos combates. A esta sazón había sucumbido ya el intrépido prelado víctima de las fatigas que se impuso.

Echadas las cuentas de la expedición á Bahía, no pareció malo el negocio, á pesar de lo desastroso del desenlace. Tanto produjo el saqueo. Calculóse que, siendo bien sucedida la empresa, daría fabulosos dividendos. Luego puso la Compañia manos á la obra aprovechando las lecciones de la experiencia. Llegaron á España noticias de los preparativos, enviadas por la archiduquesa Isabel desde Flandes, pero el saberlas no dió de sí otra cosa que apresurarse la salida de Matías de Albuquerque, despachado general.

El 7 de Febrero del año 30 apareció delante de Pernambuco la armada holandesa, compuesta de 38 buques con 3.400 marineros y 3.500 soldados. Tomada la ciudad sin grandes dificultades, pues estaba poco menos que indefensa, fué bien saqueada (lo primero era sacar la renta del capital empleado en armamentos), y en seguida fortificada con gran cuidado, en previsión de que fuera atacada como lo había sido la Bahía. Lo fué, en efecto, pero con menos fortuna. Albuquerque no pudo recobrarla por más que hizo, y á pesar de que el país en masa se levantó contra *los herejes*. Ayudáronle poderosamente el indio Camarâo y el negro Días, así como también el brasileño, portugués de raza, Vidal de Negreiros. Estos nombres evitan multitud de detalles y aclaraciones, pues por sí mismos dicen que todos los elementos sociales resistían igualmente la intrusión de aquel cuerpo extraño en la masa nacional.

España no acudió con la presteza que debiera á la defensa del invadido Brasil, lo que en Portugal produjo malísimo efecto, y no dejó de tener consecuencias funestas.

Los franceses, secundados por los jesuítas, habían comenzado ya sus trabajos para el rompimiento de la unidad española. En 1632, Albuquerque, desengañado de reconquistar á Pernambuco, habíase resignado á mantenerse á la defensiva, dándose por muy contento con tenerlos encerrados en la ciudad. Lo consiguió mientras los holandeses no tuvieron de su parte á un poderosísimo é inesperado auxiliar, el negro Calabar, hombre dotado de toda la astucia de su raza, de un valor á prueba de peligros, aborrecedor de los portugueses, y sobre todo esto, muy práctico del país y de la guerra que en él convenía hacer. Con Calabar por jefe, los holandeses arrollaron á los portugue-

ses, extendiendo sus dominios desde Río Grande do Norte hasta Porto Calvo, saqueando una región riquísima, y reduciendo á Albuquerque á una ineficaz defensiva.

No podían más éste y los que le seguían, pues por esta época hallábanse tan privados de recursos, que los jefes caminaban descalzos para dar ejemplo de sufrimiento á los soldados. Las *bandeiras* ó guerrillas que mandaban, limitábanse á hostilizar sin descanso á los holandeses, pero sin arriesgar batalla alguna. La retirada de Albuquerque desde su campamento de Bom Jesús, que al fin hubo de abandonar después de la pérdida del fuerte del Cabo de San Agustín, fué desastrosa, aunque Camarâo la cubrió con sus indios lo mejor que de su profundo conocimiento del terreno se podía esperar. Largo rastro de cadáveres iba señalando el paso del ejército vencido al través de las selvas. Calabar le perseguía encarnizadamente. En Puerto Calvo intentó copar á los fugitivos, pero éstos le sorprendieron á él, le cogieron vivo, le formaron rapidísimo proceso, y le ahorcaron por traidor, descuartizándole después. Fué esta la única ventaja que se sacó de la terrible campaña de los años 34-36, pero no pequeña ciertamente.

Como del Brasil á Holanda iban florines, de Holanda enviaban soldados al Brasil en proporción de lo ganado, y previo el reparto de dividendos, no pequeños por más señas. De España sólo enviaron á D. Felipe de Rojas, Duque de Lerma, con un pequeño refuerzo de tropas. El de Lerma, oficial valeroso, pero de cortos alcances y sin experiencia de aquella guerra, pues sólo conocía la de Flandes, en vez de atenerse al sistema que seguían Albuquerque, Camarâo y Dias, quiso librar batalla á los holandeses contra la opinión de aquéllos. En Puerto Calvo fué completamente derrotado y muerto; Camarâo salvó nuevamente los restos del ejército con sus indios.

Á todo esto, los tapuyas habíanse levantado en favor de los invasores, llevándolo todo á sangre y fuego con aquella salvaje fiereza, tan justamente temida de los colonos; el gobierno español recompensó los servicios del veterano Albuquerque, llamándole á España y encerrándole en un castillo, de donde años después salió para ganarnos la batalla de Montijo, con lo que prácticamente demostró sus méritos á la menguada corte

de Felipe IV; y por último, llegó á Pernambuco, nombrado gobernador de lo que podemos desde ahora llamar Brasil holandés, Mauricio de Nassau.

Tres grandes desdichas casi simultáneas, de las cuales la mayor fué tal vez la última.

Nassau era, al propio tiempo que buen general, hábil político y muy juicioso administrador. Los generales portugueses tuvieron que retirarse al sur del San Francisco, dejándole en plena posesión de las provincias de Río Grande do Norte, Parahyba, Pernambuco y Alagoas. Hubiera querido consagrarse á organizar la conquista. Pero de Holanda le apremiaban para que fuese sobre Bahía y la saquease. Aquél era un buen negocio que no debía dejarse perder, y en cuanto á pensamientos políticos, bueno sería que se curase de tales fantasías: el dinero era lo principal. Si no con palabras con actos, esto decían á Mauricio de Nassau los tenedores de libros de la casa, como les llama el Sr. Oliveira Martins.

Obedeció, puesto que otra cosa no podía hacer, y marchó con poderosa armada á la conquista de la capital brasileña. El negocio salió mal, por lo bien que los portugueses se defendieron, y costó á la Compañía de las Indias Occidentales 3.000 hombres.

Entonces pudo Nassau desplegar sus talentos políticos y administrativos. En vez de perseguir y maltratar á los católicos, dió á su culto las mayores libertades; distinguió y empleó en cargos importantes á muchos portugueses de talento; favoreció la reconstrucción de los ingenios, la explotación del palo brasil, etc., etc. En esto estaba no muy á gusto de la Compañía, porque faltando el saqueo de ciudades ricas, bajaban los dividendos, cuando estalló en Lisboa la revolución que rompió hasta hoy la unidad de la patria.

Holanda pasó, de enemiga de Portugal, como parte de la monarquía española que ésta era, á íntima amiga y aliada. Pero no se creyó obligada á restituirle sus colonias, antes al contrario, envió refuerzos á Nassau, al propio tiempo que remitía dineros y armas á Lisboa para combatir á España; y como la amistad engendra confianza, tomóse la Compañía de las Indias la de apoderarse de la rica provincia de Maranhão. En nego-

cios de política exterior son los portugueses de una candidez encantadora y de un carácter por todo extremo bonachón; de suerte que, lejos de llevar á mal esta libertad, perseveraron en su alianza. Menos sufridos los colonos de Maranhâo, movieron cruda guerra á los holandeses, hasta que los expulsaron. Dos años de incesante pelear necesitaron para lograrlo.

Al poco tiempo estalló la revolución de Pernambuco, dirigida por Fernandes Vieira, á quien acertada y heroicamente secundaron Vidal de Negreiros, el negro Dias y el indio Camarâo. Vieira inauguró la insurrección, venciendo á los holandeses en la batalla de las Tabocas. Siguióse la partida de Nassau, á quien la Compañía despojó del mando y llamó á Europa. ¡Los dividendos iban tan á menos!.....

La noticia de la insurrección y de sus triunfos llevó el terror á la corte de Lisboa. ¡Buena gente aquélla! Ordenaron al gobernador, Pedro da Silva, que por nada del mundo hostilizase á los holandeses. Don Juan IV y su consejero, el P. Antonio Vieira escribían á Negreiros y á Vieira, diciéndoles que viesen lo que hacían, que dejasen tranquilos á los amos de Pernambuco, porque sólo así se salvarían la India y Angola y todo lo demás que con gran llaneza tenían tomado por suyo las gentes de las dos Compañías de las Indias.

Pelearon los brasileños, los portugueses, los negros y los indios durante ocho años enteros con sus propias fuerzas, á pesar de D. Juan y de los jesuítas, convertidos ahora en Maquiavelos ridículos y antiespañoles, merecedores del Pombal que ellos mismos estaban preparando. Á pesar de que los holandeses recibían constantemente refuerzos, y los colonos carecían de otro amparo que el de sus propios brazos y su grandísima constancia, ganaron éstos, entre otras victorias, las dos batallas de los Gararapis (1648-49), que fueron decisivas. Sólo entonces, y aun así á escondidas y medrosamente, les envió D. Juan IV tropas y barcos. No se atrevía á más. ¿No eran los holandeses sus aliados contra España? ¿Cómo ofenderlos?

Para que la armada portuguesa cooperase á la toma de Pernambuco, ya muy estrechado por los colonos, fué preciso que el general Barreto se pronunciase, secundado por todos los jefes y oficiales. Los holandeses capitularon por fin (27 de Enero

de 1654), y D. Juan IV no tuvo otra cosa que hacer que dejarse felicitar por tan insigne victoria.

¡Qué de cosas se han escrito en Europa contra la codicia española! ¡Y con qué inconsciencia las han copiado españoles, adulterados por una cultura superficial y exótica! ¡Bien se han vengado con la pluma los pueblos que en el siglo XVI vencimos con la espada, y buenas ayudas han encontrado en los tales!

Pero en realidad, ¿hubo jamás una codicia española tan superior á la codicia inglesa, á la francesa, á la holandesa y á las demás codicias, que mereciese ser señalada entre todas y maldecida más que todas juntas? Donoso disparate sería pensarlo. Hubo siempre codicia, pues es condición humana ser codicioso; la hubo, más que nunca, en el siglo XVI, como en todas las épocas de expansión y de conquistas. Entre los pueblos codiciosos puede, sin embargo, notarse una diferencia: que unos lo fueron sin menoscabo de grandes pensamientos y sublimes ideales políticos y religiosos, y otros lo fueron á secas, sin más propósito que llenar los bolsillos de buenas monedas contantes y sonantes. De aquellos codiciosos fuimos los españoles, y de éstos los holandeses.

La derrota de éstos en el Brasil fué, sin duda alguna, de las más notables y señaladas victorias que ganó la civilización en el siglo XVII.

Con harta razón ha podido juzgar el Sr. Oliveira Martins á los vencidos en las siguientes juiciosas palabras:

«La Compañía holandesa era un Estado constituído piráticamente. Sean cuales fueren los errores y los vicios del Imperio portugués—digámoslo en honor nuestro—más vale la nobleza, aunque bárbara, de los conquistadores del Oriente, que la mezquina codicia de los mercaderes de Holanda. Acúsennos de haber establecido en América un feudalismo; declárense los vicios de nuestra administración colonial; el hecho es que *creó* naciones, que hizo germinar y nacer las simientes de nuevas patrias ultramarinas, mientras que las Compañías holandesas jamás crearon cosa alguna, á no ser un hábil sistema de robar el trabajo indígena, después de terminado el período de productivas piraterías. *Saquear y atesorar:* tal fué el fin de esos institutos, nacidos exclusivamente del espíritu mercantil; y si lo

estrecho de la ambición facilitaba la empresa y aumentaba la ganancia, el hecho es que, careciendo de todo pensamiento religioso, político ó civilizador, esas empresas nada suponen en la historia de las manifestaciones nobles del genio humano y en la historia de la civilización.»

V.

DESARROLLO DE LA RIQUEZA.—LA ESCLAVITUD. LA NUMANCIA DE LOS NEGROS.

Vencida la primera gran crisis (la de 1560 á 1565), la colonización del Brasil entra en un período de franca expansión y prosperidad. Volvieron al trabajo los indios convertidos y los colonos rebeldes á la propaganda jesuítica. El azúcar era la principal fuente de riqueza, lo que daba la superioridad á la región septentrional donde el cultivo intensivo predominaba. Antes de la invasión holandesa contábanse en Pernambuco y Bahía 120 ingenios que producían 40.000 toneladas de azúcar. Sólo de Reconcavo, suburbio de la capital, se sacaban 120.000 arrobas. Del reino se importaba gran cantidad de mercancías.

En el Sur las cosas tomaban muy diferente giro. Allí era todo espontáneo, la riqueza menos forzada, el cultivo más en pequeño y el hombre más emprendedor. Fundábanse muchas poblaciones, pero humildes todas. Entre estas dos partes del Brasil había entonces una diferencia fundamental que no se ha borrado ni borrará nunca. El Norte era una colonia tropical; en el Sur había una nación en germen. Por eso, á medida que el Brasil fué llegando á la madurez y adquiriendo los caracteres de una nacionalidad, fué sobreponiéndose el Sur hasta llegar un día en que la capital pasó de Bahía á Río de Janeiro.

En 1607 el palo brasil producía al estado portugués 24 contos de reis; y los diezmos, arrendados á Gabriel Ribeiro, 42 contos, resultando para el Tesoro una ganancia líquida de 23 y medio contos próximamente. Pero esto era al principio. Pasados treinta años más, el capital empleado en los ingenios era veinte

veces mayor por lo menos que el que aquellos ingresos representan. En 1640-41, gobernando Nassau, el valor de los bienes confiscados á los portugueses en el territorio que aquél ocupaba, ascendió á muy cerca de 2 millones de florines, á pesar de la grandísima depreciación que en tan borrascosas circunstancias sufría la propiedad. El botín de guerra pasó bastante de 2 millones. Durante el gobierno de dicho príncipe, exportáronse 218.000 cajas de azúcar y 2.600.000 libras de palo brasil. Dedúzcase de aquí lo que aquella misma comarca sería en tiempo de paz.

Podía decirse que tan gran riqueza era ni más ni menos que sangre y vidas de negros hechos moneda.

* * *

Los portugueses precedieron á todos los pueblos europeos en el tráfico de esclavos, cosa natural, pues fueron los primeros que se establecieron en África y que necesitaron brazos para explotar las colonias. «Pero no debemos afligirnos por tal acusación (la de haber inaugurado este comercio)—dice el Sr. Oliveira Martins—porque sin el tráfico de esclavos negros el Brasil no existiría. Al precio de la sangre negra ha comprado la civilización los servicios de esta nueva sociedad.»

Angola era el complemento del Brasil. El país africano producía negros; el americano los consumía. Á medida que en éste crecía la superficie cultivada y que aumentaba la intensidad del cultivo, era mayor la demanda. Los jesuítas fomentaban aquel comercio en provecho de los indios; también la ganancia que dejaba servía de poderoso aliciente. Ningún otro negocio producía tanto. En unos tres siglos la corriente negra que cruzaba el Atlántico no se detuvo un punto, y aun después de cortada por los esfuerzos de la filantropía inglesa, siguió clandestinamente su curso casi hasta nuestros días. ¿Qué tales serían sus provechos antes de la prohibición, que todavía después de esta ha enriquecido á mucha gente?

En tres siglos de tráfico de esclavos tal vez haya recibido el Brasil de 6 á 8 millones de negros. La Compañía de Grão-Pará

importó ella sola 100.000 cabezas de ganado humano al año. Puede estimarse la importación normal en 20.000. Imagínese la cantidad de sangre negra que corre por las venas de la sociedad brasileña. En 1872, la sexta parte de ésta (1.700.000 almas) era negra pura.

Semejante comercio repugna, aun sin recordar las crueldades horribles de que forzosamente va acompañado; repugna sólo por rectitud moral. Los cimientos de los pueblos y de las civilizaciones son siempre construcciones dolorosas y terribles sobre los que caen las maldiciones de los filántropos. Pero las maldiciones pasan y las necesidades quedan. Si se hubiera de comenzar hoy el descubrimiento y colonización de un nuevo continente, los europeos del siglo XIX imitarían á los del XVII. Nos contentaríamos con poner á las cosas otro nombre. ¡Es la eterna manía humana! Nada, ni el comercio de esclavos ha merecido más anatemas que la Inquisición. París era el foco de esos anatemas. Pues bien; en París hay ahora quien defiende la Inquisición en la prensa. Y las injurias que nos ha valido la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos ¿han sido parte á evitar que toda Europa los persiga y los insulte? ¿No los expulsan también algunas naciones?

Aunque mártir y desdichado, como todo esclavo, el negro brasileño ha estado en general sometido á menos dura condición que el de otras partes de América. En las regiones mineras tratábasele peor que en las agrícolas, y en los ingenios de la costa mejor que en los del interior. En unas provincias concedíansele ventajas que en otras se le negaban, si bien puede asegurarse que, allí donde los esclavos eran más numerosos, estaban más oprimidos y recibían castigos más severos. Al que huía una vez marcábanle con un hierro candente una *F: Fugido.* Al que reincidía cortábanle una oreja. Á pesar de tales escarmientos escapábanse muchos que se internaban en las selvas, formando *quilombos*, ó sea aldeas de libertos.

La persona que, oyendo los gritos de angustia de un esclavo castigado por su dueño, intercediera por él, obtenía su perdón. Podía alcanzar la libertad por varios medios, tales como por apadrinarle un hombre libre, concesión del amo ó rescatándose á sí mismo.

Carlos Darwin, en su admirable *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, nos da brevemente muy gráfica idea de la vida del esclavo en el ingenio: «Una mañana fuí á pasearme una hora antes de salir el sol para admirar á mis anchas el silencio solemne del paisaje. Al poco rato oí elevarse en el espacio el himno que cantan en coro los negros al ponerse al trabajo. En resolución, creo que los esclavos son felices en *fazendas* como esta. Trabajan para sí los sábados y domingos, y en estos privilegiados climas el trabajo de dos días por semana es más que suficiente para mantener durante toda ella á un hombre y á su familia.»

*
* *

La raza oprimida tuvo sus héroes y su epopeya.

Palmares fué su Numancia, no inferior ciertamente á la nuestra, pero que, por ser negra, en todo tuvo desgracia, quedando en la obscuridad su heroísmo.

Cuando los negros formen grandes nacionalidades civilizadas, el último *Zombe* de Palmares será el héroe más grande y más glorioso de los suyos; un digno compañero de Santos Louverture.

Estuvo Palmares en la capitanía de Pernambuco, junto á las faldas de la sierra do Barriga, no lejos de la actual villa de Anadia, ya á bastante distancia de la costa.

En 1650, 40 negros decididos, todos ellos procedentes de Guinea, robaron á sus amos las armas que pudieron y huyeron á las vecinas selvas, donde se internaron.

Fueron á establecerse en el sitio que años antes ocupara cierto famoso *quilombo* que los holandeses descubrieron y destruyeron. En poco tiempo aumentó su número grandemente; de todas partes acudieron fugitivos que habían roto sus cadenas con fortuna. Presentáronse también hombres libres, mulatos huídos de la abominable justicia de los blancos. Cuando fueron muchos, hallaron prudente internarse más para no ser atacados.

Palmares, la Numancia de los negros, fundóse sin obstáculos.

Pero los fundadores echanron de ver que por sí solos no formarían un Estado duradero; necesitaban el concurso del bello sexo. Un destacamento de negros asaltó las haciendas más cercanas robando cuantas mujeres pudo: negras, mulatas y blancas.

Al principio los fugitivos vivieron del merodeo, apoderándose de los bienes de los blancos siempre que podían. Como andando el tiempo creciera entre ellos la afición al cultivo de los fértiles campos vecinos, pasaron á vivir más sosegados y acabaron por tener comercio con los plantadores, los cuales les suministraban armas y otros objetos, en parte por conveniencia y en parte por temor.

Tenían sus leyes aquellos negros, formando, según el historiador Rocha Pitta, *uma república rústica muito bem ordenada a seu modo*.

El Gobierno era electivo, y el jefe, llamado *Zombe*, conservaba la autoridad suprema durante toda la vida, eligiéndosele sucesor entre los más bravos del pueblo. No se reservaba esta dignidad á los negros; concedíase también á los mulatos. Había otros magistrados que entendían así en las cosas de la guerra como en las de la paz. La ley castigaba con pena de muerte el homicidio, el adulterio y el robo.

Había una disposición singular: todo negro fugitivo que volvía libre después de haber conquistado su libertad, libre quedaba; el que era capturado en los ingenios como esclavo, continuaba siéndolo. El que habiendo conseguido la libertal volvía á casa de su amo, sufría la última pena; el que, esclavo en Palmares, huía, era también castigado, pero no tan severamente.

La república negra, á los cincuenta años de fundada, comprendía un grupo de poblaciones importantes.

La capital era ciudad fortificada con grandes troncos de árboles. Entrábase en ella por tres puertas, en lo alto de las cuales había grandes plataformas bien guardadas Regábanla varios arroyos y había también muchas cisternas. Calculábase en 20.000 el número de los habitantes y en 10.000 el de los combatientes de todos los *quilombos* reunidos.

En 1696 el Gobernador de Pernambuco, Caetano de Mello, decidió la destrucción de Palmares, núcleo de resistencia ya muy peligroso.

Envió un fuerte destacamento que fué totalmente derrotado.

Entonces formó un verdadero ejército, 7.000 hombres, mandados por Bernardo Vieira y bien provistos de artillería.

La defensa fué heroica.

Hubo necesidad de poner sitio en regla á aquellas murallas de madera. Batiéronlas largo trecho los cañones y abrieron en ellas tres brechas por las que se arrojaron al asalto otras tantas columnas.

No se dieron por vencidos los héroes de Palmares. Defendieron el terreno palmo á palmo, y, cuando vieron su causa perdida sin remedio, el *Zombe*, seguido de los varones más distinguidos, arrojóse desde lo alto de un peñón que en el centro del recinto había, viniendo á caer despedazado á los pies del vencedor.

Los vencidos fueron exterminados, sus viviendas arrasadas y sus plantíos destruídos.

Así acabó Palmares y la resistencia de los negros á la esclavitud que les imponían los blancos.

Desde entonces hasta hace muy poco tiempo han permanecido esclavos sumisos.

Actualmente ya no hay esclavos en el Brasil.

VI.

EXPLORACIÓN.—DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS.

Á dos causas principales se debe la rápida diseminación de los portugueses, por el inmenso espacio que vino á llamarse el Brasil: 1.°, la caza del indio; 2.°, la busca del oro y de los diamantes. Favorecía la expansión el ser relativamente llano el terreno, sin que lo cortasen sierras gigantescas como en la región andina. De todas estas circunstancias formóse el carácter de esos aventureros errantes llamados paulistas, de que ya hablé y de que podría hablar toda una noche sin que la materia se agotara.

Tourinho, uno de los primitivos donatarios, descubrió esme-

raldas en el rio Doce, entre los peñascos de la Serra do Mar. Siguiéronle otros, animados por su ejemplo, y más aún por la creciente fama de las minas del Perú. Las guerras y el mal suceso de estas primeras expediciones contuvieron el impulso dado por Tourinho. En la segunda mitad del siglo XVII, el espíritu aventurero de los paulistas sintióse menos distraido por la guerra con los holandeses y menos oprimido también por los jesuítas: entonces fué realmente descubierto y explorado el Brasil. En 1662, Barbalho y Paes cruzan las sierras y penetran en las inmensas selvas del San Francisco, tierra incógnita entonces, y que más tarde se llamó Minas Geraes. Hallaron oro y piedras preciosas cuyo hallazgo atrajo á otros aventureros. Paes, el héroe de estas empresas, siguió siempre explorando hasta morir, abandonado por los suyos, en un remoto y escondido rincón del desierto. ¡Contaba ochenta años!

El español de origen Bartolomé Bueno pasó adelante, internándose más todavía en la selva virgen. Dejó la cuenca del San Francisco, entró en la del Paraná y vino á ser el descubridor de otra gran provincia minera, la de Goyaz (1694). Fundó la primera fundición de oro (Taubaté) y con ella la colonización minera. Como jefe de *bandeira*, distinguióse entre los más intrépidos é incansables. Avanzando siempre, trajo oro de Itabareva, que después se llamó Villa-Rica, y que pudo llamarse con justicia el Potosí brasileño.

Los aventureros acudían de todas partes llenos de ambición, soñando con fortunas colosales y repentinas. Gente feroz, sin escrúpulos, desesperada muchas veces, educada en la dura escuela de la caza del indio al través de los bosques, reprodujeron las escenas que todos los distritos mineros del mundo han presenciado. Las mismas presenciaron después, en nuestros días, California y Australia. En el siglo XX ó en el XXX se repetirán también, si se repite el descubrimiento. Unas veces asesinábanse los de unas banderas á los de otras; algunas eran los indios, siempre perseguidos, los que hacían de exterminadores.

El Gobierno, definitivamente establecido en Río de Janeiro, puso algún orden, creando las fundiciones á donde había de traerse el oro para reducirlo á barras y pagar el quinto Real.

El contrabando del oro castigábase con la mayor severidad,

á pesar de lo cual hacíase en grande escala, sobre todo por el Paraná, apenas explorado, y por donde iba á Buenos Aires.

Las minas atrajeron con la inmigración blanca y mestiza, la negra. Llegaban esclavos á millares, fundábanse aldeas donde quiera que existía el menor filón, y el oro corría por todas partes abundantemente. Reinaba un lujo desenfrenado y con él el vicio, su compañero. Las minas de diamantes vinieron á completar el Potosí trasformado en Dorado, en verdadero Dorado. Y por si esto era poco, todavía fueron á descubrir los paulistas, internándose más, la tercera y más extensa región minera, la de Matto-Grosso, con las riquísimas minas de Cuyaba, á 1.500 kilómetros de la costa, en las fronteras del Perú (1730).

Así se exploraba el país. Domingo Alfonso, con la *bandeira* (partida) del paulista Jorge, sometió á los indios, reduciendo muchos de ellos á esclavitud. Con unos fundó ingenios; los demás trájolos Jorge á la costa. Por último, cruzando Matto Grosso, llegan al Guaporé otros paulistas, mientras los exploradores de Goyaz bajan por el Tocantins al Amazonas. La Historia, jamás completamente nueva, reproduce estas escenas americanas de los siglos XVI y XVII, en esas expediciones de aventureros europeos que suben y bajan por el Congo y sus tributarios en busca de marfil. Casi toda Europa corre hoy en África las aventuras que corrimos en América. Ahora nos contentamos con ver cómo trabajan los demás. Siquiera los portugueses muestran deseos de imitarlos, y aun consumen sus últimas fuerzas en empresas coloniales. Nosotros nos reímos cruzados de brazos, porque es de notar que desde que no hacemos cosa de provecho nos ha dado por reir y tomar en broma todo esfuerzo ó pensamiento elevado. Este es el peor síntoma de decadencia.

En aquellos pasados tiempos de que voy hablando, el español, como servía para algo, no reía, ó sabía emplear bien la risa, según se ve en Cervantes. Y una de las más maravillosas hazañas que practicamos fué navegar el Amazonas con Orellana, y volverle á navegar después, según hicieron dos frailes franciscanos que bajaron de Quito, y asaltados por los indios del Napo, á quienes pensaban convertir, se fiaron á las aguas del gran río y fueron á salir á Belén. De este punto partió en sentido inverso en Octubre de 1637 el capitán Teixeira, el cual, llegando á Quito

al cabo de ocho meses, se volvió por el mismo camino, lo que fué muy notable esfuerzo. Por mucho menos que eso cuentan los franceses entre sus más famosos exploradores al Dr. Creveaux, muerto hace pocos años. Un compatriota y muy amigo y maestro mío, el Sr. Jiménez de la Espada, ha bajado también casi todo el Amazonas, desde el Ecuador hasta Pará, y apenas hay cinco ó seis españoles que lo sepan.

* * *

Si hubiera de pasar del análisis á la sintesis de la sociedad brasileña, apenas habría entrado en materia. Por fortuna vuestra, mi propósito fué sólo daros una idea de su formación y de los elementos que en ella entraron. Así la hemos visto nacer casi de la casualidad y principiar á formarse libremente; después, cuando la épica aventura de la India cansó á Portugal, y las minas peruanas le impulsaron hacia América, vimos al Rey tomar la empresa á su cargo y repartir la tierra feudalmente; á la sombra de este principio de organización comienza Portugal á trasladarse al Brasil, llevando, como es consiguiente, los vicios y las cualidades de su sangre; dominándolo todo, aparece entonces la Compañía de Jesús, personificación del genio profundamente religioso de la raza; asistimos en seguida á las duras luchas del período de gestación, unas de las cuales encamináronse á la expulsión de los invasores y otras á la elaboración de la nacionalidad, estableciendo el necesario equilibrio entre el jesuíta y el paulista, su enemigo; contemplamos al negro entrando á servir de base al nuevo edificio, y, por último, presenciamos la explosión determinada por el hallazgo de las minas y que ha dispersado á la raza hispano-brasileña en un espacio de 8,5 millones de kilómetros cuadrados, catorce veces más del que ocupan Portugal y España juntas.

Mi tarea queda terminada en lo esencial. Fáltame tan sólo decir cómo y por qué ha contribuído el Brasil á sostener el dualismo peninsular, obra principalmente de la política francesa.

VII.

INFLUENCIA EN EL DUALISMO PENINSULAR.

> Cuando estábamos en buen camino del fin final, se le ocurrió al Braganza redimirnos, y las minas de oro del Brasil vinieron á arrojar un diluvio de oro en los bolsillos de una gente perdida en cuerpo y alma.
>
> (Oliveira Martins, *Hist. de Portugal.*)

Sin la mano de Francia, la revolución ocurrida en Lisboa el 1.° de Diciembre de 1640 habría sido un pronunciamiento más, un suceso puramente español. El pueblo vió indiferente y asombrado, que 30 ó 40 hidalgos con sus criados quitaban á los gobernadores para ponerse ellos en su lugar. No se disparó más tiro que el que mató á Miguel de Vasconcellos. Los fuertes se entregaron sin resistencia; la escuadra se rindió ante la intimación de un solo barquichuelo. Don Fernando de la Cueva, uno de los jefes principales de la guarnición española, se fué con los insurrectos, casi al propio tiempo que el encerrado y castigado Matías de Albuquerque, futuro vencedor de Montijo, salía de su encierro para tratar de reducir á los rebeldes.

Sin Francia, sin el dinero, sin los soldados y sin los agentes de Richelieu, la revolución de Lisboa habría sido vencida. La incapacidad del nuevo reino conocióse en la necesidad de importarlo todo: soldados, jefes y dinero.

Pero á nuestra vecina del Norte, cuyo ciego y brutal egoísmo sólo se diferencia del inglés en que suele usar mejores trajes, no la convenía entonces, como no la conviene hoy, ni la convendrá nunca, que España sea nación completa, y, por tanto, fuerte. La frase de Thiers «España, ni amiga ni enemiga; arruinada», resume una política secular. Todo lo tenía dispuesto. Agentes de Richelieu iban y venían de Lisboa á París; los conspiradores portugueses sabían lo que se preparaba en Cataluña, y los catalanes no ignoraban que en Portugal los secundarían. El empeño francés de fraccionar el poderoso estado

español, la decisión y perseverancia de los jesuítas á quienes la madre patria (para ellos madre dos veces) inspiraba un odio inexplicable, y la energía y ambición de una española, la Duquesa de Braganza, que más quería *ser Reina una hora, que Duquesa toda la vida*, levantaron de la nada el trono mezquino de D. Juan IV.

Don Juan de Austria, el pequeño, estuvo á punto de dar al traste con aquella parodia de reino, de corte y de ejército, llevándolo todo á sangre y fuego hasta cerca de Lisboa.

Cundió el terror, juzgóse la situación desesperada y se habló de huir al Brasil, dejando Portugal á los españoles; socorros llegados de fuera salvaron á los insurrectos, quedando la idea para realizarse en 1808, cuando la invasión de Junot produjera otro parecido pánico. Francià, aunque en paz con nosotros, hizo un esfuerzo, mandó más dinero, mandó buenos soldados y mandó á Schomberg, el mejor de sus generales después de Turena. Perdimos la batalla de Ameixial, que decidió la campaña en contra nuestra y que preparó la derrota definitiva de Montes-Claros (1664).

Desde la expulsión de los holandeses fueron aprovechados por Portugal los recursos del Brasil. La guerra lo consumía todo; el reino estaba arruinado, desiertos los campos, sin un real el Tesoro, y las potencias enemigas de España apenas enviaban lo necesario para que Portugal no sucumbiese. Harto trabajo costó pagar la dote de la princesa D.ª Catalina, á cuyo precio se compró el auxilio de Inglaterra en los críticos momentos de las victorias de D. Juan de Austria. Y aun de aquellos 2 millones de cruzados, parte hubo de entregarse en mercancías.

«Sólo la completa desorganización á que España había llegado libró á D. Juan IV del cautiverio ó de la muerte, haciendo creer que efectivamente había en Portugal energía y deseo de independencia.» (Oliveira Martins, *Hist. de Portugal.*)

Quedó en pie el nuevo reino; pero con vida más aparente que real. Pronto le convirtieron Francia é Inglaterra en factoría y base de sus operaciones contra la mutilada España. La segunda vió en él una buena colonia que explotar sin gastos, y mientras la arrojaba de la India, la inundaba de paños británicos. (Tratado de Methwen.)

Portugal es, y ha sido siempre, Lisboa, ciudad tan extraordinariamente situada, que por sí sola ha dado vida é historia gloriosísima á un pueblo, y que hoy, si fuera cabeza de toda España, y no del menor de sus fragmentos, haría dudoso el dominio del mar por Inglaterra y la superioridad política de Francia sobre las naciones del Mediodía de Europa.

Después de la restauración, todavía se concentró más que antes, en la privilegiada ciudad, la vida del nuevo Estado. En los tiempos heroicos de los grandes descubrimientos y conquistas, Portugal había sido una verdadera nación; ahora no podía ser otra cosa que una corte y su cortejo. Para sostener el lujo de la una y mantener á duras penas al otro, fué viniendo, en crecientes cantidades el producto de las minas y de los ingenios de azúcar brasileños.

Cuando no una guerra que sostener hubo una máquina administrativa que sustentar. ¡Y qué máquina! Reyes despilfarradores atacados de monomanía religiosa y delirio de grandezas; aristocracia hinchada de vanidad, arruinada por el lujo y corrompida por el odio al trabajo; pueblo sin esperanzas ni ideales, soñando á veces con la vuelta de D. Sebastián, último rey nacional, dormitando en los pórticos de las iglesias, viviendo de los monasterios, soñoliento, aburrido, hipocondriaco, que descansaba, como los nobles y el clero, de trabajos imaginarios confiados al esclavo negro, cuya sangre ha ido filtrándose en la sociedad lusitana durante cuatro siglos.

Para alimentar la costosa máquina guió Dios los pasos de los aventureros paulistas por el interior del Brasil hasta Cuyaté. Cuando llegó á Portugal la nueva del descubrimiento de estas nuevas minas (1693), D. Pedro II y su gente llenáronse de júbilo. Con lo que dieron de sí, además de remediarse en sus grandes necesidades, pudieron servir dignamente á Europa de instrumento contra España durante aquella larga guerra de Sucesión que nos inundó de soldados de todas las naciones y nos dejó un buen sedimento de franceses dedicados á redimir y reformar á nuestra patria, haciéndola á imagen y semejanza de la suya. En aquella guerra, D. Pedro II pedía que, *por lo menos*, se le permitiese añadir la Galicia á Portugal; pero no le atendieron los aliados, y él hubo de contentarse con el papel

pasivo que éstos le tenían asignado, y que se reducía á ayudarles con sus soldados y sus dineros y á prestarles su territorio como base de operaciones contra nosotros. Don Pedro lo hizo muy á conciencia, por lo que supongo que le manifestarían con buenas palabras su agradecimiento los favorecidos.

Portugal iba viviendo, y esto era lo esencial. ¿Cómo? Oigamos al Sr. Oliveira Martins á quien me complazco en citar, porque no digan los portugueses que empleo testigos sospechosos. Prefiero, cuando se trata de verdades amargas que nos las declaren ellos mismos por medio de sus autores de mayor nota. «Despoblado é inculto el reino, miserables y desnudas las poblaciones, sin riqueza ni trabajo, las minas del Brasil dieron al Rey y al pueblo una fortuna que el país les negaba.» Á D. Juan V, que es el Rey aludido, permitiéronle gastar decenas y centenas de millones en sus tres pasiones favoritas: las monjas de Odivellas, el monasterio de Mafra y la concesión del título de Patriarca para el Arzobispo de Lisboa. Con esto, con poseer una gran capilla y fundar academias, se tenía por una imagen perfecta de Luis XIV.

En su época, el Brasil envió á Portugal los siguientes tesoros:

130 millones de cruzados en monedas de plata.

100.000 monedas de oro.

315 marcos de plata por acuñar.

24.500 marcos de oro.

700 arrobas de oro en polvo.

392 octavos de diamantes, que valían 40 millones de cruzados.

Á estas sumas hay que añadir el producto del quinto Real sobre las minas, y el del monopolio del palo brasil.

Todo eso y algo más se gastó en cubrir de oropeles la corte de Lisboa, y en satisfacer los caprichos de su magnífico Rey. Portugal siguió despoblado, arruinado, soñoliento, aburrido y triste.

El período de galvanización que mediado el siglo sufrió juntamente con España, fué allí tan efímero como aquí. No hizo más por la prosperidad efectiva de la nación la mano dura y reformadora de Pombal que hiciera la devota á la par que li-

bertina prodigalidad de D. Juan V. Pasaron con él las apariencias de una grandeza relativa. Con D.ª María I vino la reacción contra la obra del gran Ministro, y siguió el Brasil alimentando á Portugal hasta que la invasión de los ejércitos franceses (natural é inevitable consecuencia de la invasión de los literatos, los filósofos y los políticos) invirtió los papeles. La corte huyó á Ultramar; Portugal quedó de colonia, y el Brasil ascendió á metrópoli, poniéndose en cobro la suntuosa corte para cuyo sostenimiento existía el reino, de los peligros y fatigas de aquella guerra.

El Brasil era al comenzar el presente siglo, según acabamos de ver, mucho más que colonia, casi nación. Cuando el traslado de D. Juan VI y de todo el mecanismo administrativo y cortesano que le acompañaba, la transformación del estado colonial al estado nacional operóse rapidísimamente. Mientras los ingleses defendían á Portugal, luego le gobernaban y le explotaban siempre, los brasileños adquirían la conciencia de la propia personalidad.

El ensueño del *quinto Imperio*, que mediado el siglo XVII sólo halló alojamiento capaz en el cerebro de un hombre de talento, era á principios del XIX una idea política que había encarnado en la colectividad. Leíanse los libros franceses que prepararon el 89 y el 93, difundíanse nuevas nociones acerca de los poderes públicos, de los derechos del ciudadano y de la independencia de los pueblos. Estaba además reciente el ejemplo de los Estados Unidos. Había hombres de los altos méritos de José Bonifacio d'Andrade. En 1789 estallara la primera chispa del futuro incendio, en el corazón del Brasil, en Minas Geraes. Joaquim José da Silva Xavier (ó Tiradentes), jefe principal de la intentona, pagóla con la vida.

Sobre una sociedad, en semejante estado, no podía posarse la inmensa y vetusta impedimenta del triste D. Juan VI y las 15.000 personas de su corte que le siguieron. El Brasil hallóse muy naturalmente convertido en metrópoli, por más que los elementos que formaron la techumbre social eran extraños á él y poco de su agrado. Cuando D. Juan quiso regresar á lo que llamaba *o seu canapé da Europa*, el Brasil no quiso volver á tomar su papel de colonia impaciente: quedó siendo na-

ción y proclamó Emperador, que no con menos de un imperio se contentaba, á D. Pedro de Braganza.

La ruptura momentánea de los mil canales que al través del Atlántico alimentaban á Portugal con la sustancia de su rica colonia, puso al pobre reino á las puertas de la muerte. ¡Horrible crisis la del 26 al 36!

«El rasgo característico de la sociedad portuguesa, en 1826, es la extrema penuria.» (Oliveira Martins, *Portugal contemporáneo*, t. I.) La bancarrota, mal crónico del estado portugués, era inminente. Don Juan VI había dejado al morir un tesoro inmenso: más de 100 millones de cruzados. Pero este dinero era suyo. La mitad correspondió á su mujer, la española Carlota Joaquina, y sirvió para la guerra civil, aspecto político de la crisis. De pagar las deudas de la nación nadie trataba. Aquel año los gastos fueron un tercio mayores que los ingresos. En el Tesoro no había un real.

Lisboa, refugio y compendio de las grandezas y miserias de Portugal, como que éste no es más que un apéndice suyo, era una ciudad inmunda, ruinosa en parte, pues todavía no se habían cicatrizado del todo las anchas heridas que en sus edificios abrió el terremoto de 1755. «Las cuadrillas de frailes de grasientos hábitos, las jaurías de perros vagabundos royendo los huesos encontrados en los montones de basura, depositados junto á las casas, los cuerpos de animales muertos, pudriéndose al sol, los rebaños de mendigos llagados pidiendo limosna, hacían á la ciudad eminentemente propia para lecciones peripatéticas de anatomía mórbida.» (Oliveira Martins, *Portugal contemporáneo*, t I.)

Portugal ha vivido en paz casi constante desde que terminó la guerra civil (1832-34) hasta hoy, pero en crisis permanente, recurriendo sin cesar al préstamo. Y aun así, ¡gracias al Brasil! La emigración, sin cesar creciente á este país, es un hecho económico revelador de esa crisis. De cada 275 portugueses emigra uno. El total de emigrantes puede calcularse en 25.000 al año; el aumento ha sido rápido á partir de 1878, significando los progresos del mal interior. Hay concejos como el de Carregal (Beira Alta), cuya población es de 12.800 habitantes y que han visto partir el 12 por 100 de ella cada año.

Las cuatro quintas partes de los emigrantes portugueses marchan al Brasil. Allí, el honrado miñoto ó transmontano reune moneda á moneda un peculio, la mayor parte de las veces modesto; algunas considerable. Con algo que de él aparta va remediando las necesidades de la familia que vive miserablemente, comiendo borona, arroz, bacalao, coles y judías en un pueblecillo de la apartada patria. Si vuelve rico llega á comendador, á veces á vizconde y construye un *palacete* donde disfruta de la vida á su modo; aunque rústico, uraño y más avaro que dadivoso, algo esparce en torno suyo y no pocos le deben lo que comen. Así el emigrante portugués es una esponja que, saliendo seca de casa, empápase en el Brasil y regresa años después á derramar en su pueblo parte del oro que pudo absorber.

La menor crisis brasileña adquiere en Portugal proporciones de catástrofe, porque paraliza la acción absorbente de las esponjas. Vióse cuando la guerra del Paraguay, y todavía en mayor escala acabamos de verlo, después de la proclamación de la República en Río de Janeiro.

El Brasil ha sido uno de los factores del dualismo peninsular, y no de los menos importantes. No se olvide el dato que bien merece ser meditado por todos, principalmente ahora que, habiendo perdido los portugueses aquella mina, ponen en Africa sus esperanzas.

Débil fundamento. De las colonias africanas, en vez de la salvación vendrá la crisis decisiva.

He concluído.

La empresa colonial que á grandes rasgos queda dibujada, es de las que más honran á la gran raza española, tan calumniada ahora en su vencimiento y desmembración como admirada y temida lo fuera en los días de gloria y poderío.

España, que dió á la civilización durante el Renacimiento moldes nuevos y la señaló caminos nuevos también, descubriendo para ella un mundo, cayó extenuada por el esfuerzo hecho y porque el destino de las cosas humanas es ese: subir y caer, nacer y morir. Y como después ha sido infamada por aquellos á quienes cupo la suerte de sustituirla en sus funciones de directora, tengo la convicción firme de que uno de los más

sagrados deberes de todo escritor español es el de volver por la verdad histórica y el honor de la patria. El colmo de la abyección es tomar el cieno que los demás arrojan sobre ella y manchar con él nosotros mismos la memoria de nuestros padres.

Yo no soy de esos. He procurado ser justo, huyendo de llevar á esta breve reseña histórica otra pasión que la de la verdad. No me ha seducido la prosperidad material de los holandeses ni me ha inspirado la Compañía de Jesús (más combatida por española que por religiosa), los anatemas que es tradición lanzar sobre ella. En cambio no he podido perdonarla su traición á la patria, por sus perseverantes esfuerzos desmembrada hoy. Sostengo que no volveremos á ser nada sino inspirándonos en nuestras pasadas grandezas. No resucitemos quimeras, pero no queramos vivir de refranes positivistas á lo Sancho Panza, porque eso no es vida, es vegetación. Reivindiquemos muy alto nuestras glorias de colonizadores y de héroes de un ideal ya viejo, pero ideal al fin. Corrijámonos sin arrepentirnos.

Europa coligada nos venció y separó en dos pueblos para no seguir temiéndonos. Pues bien; estoy con los vencidos y por ellos. Prefiero rezar sobre la tumba de los españoles muertos en Rocray á entonar el cántico de victoria con los franceses de Condé. Sólo con estos pensamientos reconstituiremos la patria y la devolveremos el puesto á que tiene derecho por su hermosa historia, uno de cuyos más importantes capítulos he pretendido narraros.

He dicho.

EL VIRREINATO DE MÉJICO



